

¡América, con la fuerza del Espíritu, testigos de Cristo!

de Estêvão Raschiatti, sx.

Aquí en Puerto Rico, en la ciudad de Ponce, celebraremos el 6º Congreso Misionero Americano. Estos eventos nacieron en México como congresos misioneros nacionales y se convirtieron en congresos misioneros latinoamericanos en 1977 (COMLAs). Fueran preparados e realizados en México, Colombia, Perú y Brasil hasta 1995.

En 1999 se volvieron en Congresos Americanos Misioneros (CAM). Se han celebrado en Argentina, Guatemala, Ecuador, Venezuela, Bolivia y ahora en Puerto Rico: esta es la 6ª edición.

Inspirados y promovidos por las Obras Misionales Pontificias (OMP), los congresos misioneros nacieron para promover específicamente la conciencia y la responsabilidad de la misión universal de la Iglesia desde América y El Caribe hasta los confines de la tierra.

Nuestras Iglesias latinoamericanas y caribeñas hablan mucho de misión en sus documentos y en su acción evangelizadora, pero muy poco de misión *ad gentes*, más allá de las fronteras.

Ciertamente, esta misión *ad gentes* tiene sus vestigios coloniales: pero la misión de Jesús y de las primeras comunidades cristianas no fue colonial, ni proselitista, sino de atracción y acogida.

De hecho, la misión hasta los confines de la tierra forma parte de la esencia del ser cristiano y es una responsabilidad de cada Iglesia local, que es “católica” porque es llamada a tener un corazón del tamaño del mundo y a hacer del mundo una sola familia de hermanos y hermanas.

El camino misionero continental

Llegamos a Puerto Rico después de un camino de más de 40 años, desde cuando en la Conferencia de Puebla se dijo que

“Finalmente, ha llegado la hora para América Latina de intensificar los servicios recíprocos entre las Iglesias locales y de proyectarse más allá de sus fronteras, *ad gentes*. Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros, pero debemos dar desde nuestra pobreza” (DP 368).

Pero la hora de la misión *ad gentes* desde América Latina y el Caribe tarda en llegar: tenemos que preguntarnos por qué.

Sin embargo, la reflexión y la sensibilidad misionera que requiere un nuevo modelo de Iglesia ha avanzado mucho entre nosotros, manifestándose incluso en el pontificado del Papa Francisco.

Para continuar en este camino de Iglesia “pobre, misionera, pascual” (DM V, 15a), el CAM 6 viene con su contribución a añadir una etapa más a la reflexión y animación misionera en el continente americano, en esta búsqueda de una misión sinodal, inculturada, intereclesial e intercultural, que promueva el anuncio del Evangelio a través de una cultura de la cercanía y del encuentro y no excluya a nadie.

Para facilitar nuestra reflexión, se ha creado un instrumento de trabajo que es un subsidio – no un documento – para orientar la participación y la animación de nuestras Iglesias, a la luz del camino misionero y de las aportaciones que se han ido sumando a lo largo de estas décadas postconciliares de acción y reflexión misionológica. Fueran elegidos seis temas:

1. **La misión nace de la Trinidad:** de *la missio Dei* a *la missio ecclesiae*
2. **Evangelizadores con Espíritu** hasta los confines de la tierra
3. **El Reino de Dios** como horizonte de la misión
4. **Testigos de Cristo** en un contexto de diferencias
5. **Discípulos misioneros:** iniciados y enviados
6. **De América al mundo** y del mundo a América

Vamos a presentar algunas claves de lectura estos textos

1. La misión nace de la Trinidad: de *la missio Dei* a *la missio ecclesiae*

El Concilio Vaticano II innovó fuertemente el concepto de misión sobre la base de una renovada comprensión de Iglesia. El Decreto *Ad Gentes* dice lo siguiente:

“La Iglesia peregrina es, por su misma naturaleza, misionera, ya que tiene su origen en la misión del Hijo y en la misión del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre. Este designio brota del ‘amor fontal’, es decir, de la caridad de Dios Padre, que, siendo principio sin principio, quiso derramar y no cesa de derramar la bondad divina” (AG 2).

La palabra “naturaleza” aquí significa “esencia”: la Iglesia es misionera por su “esencia”, y esta esencia es la esencia divina, porque la misión emana de Dios. Dios es misión porque Dios es Amor (1Jn 4,16): un amor que no se puede contener, un amor que desborda, un amor que sale de sí mismo, un amor que se da a sí mismo, un amor que genera continuamente vida. Imagínate una concha o una calabaza aquí en mi mano que se llena de agua y esa agua en cierto punto se desborda: esa es la misión que emana de Dios. La misión es el desbordamiento del amor de Dios. La misión trata de lo que Dios es y no solo de lo que Dios hace en la historia.

Para la Iglesia, esta noción de *missio Dei* tiene implicaciones fundamentales. Podemos decir con Moltmann que “no es la Iglesia la que tiene una misión, sino que es la misión, la misión de Dios, que tiene una Iglesia” (2013, p. 29). La misión no es una actividad “más” entre otras, sino una participación en la vida divina que le da su identidad: “Jesucristo vino al mundo para hacernos ‘participantes de la naturaleza divina’ (2Pd 1,4)” (DAP 348), o sea, para hacernos misioneros.

La Iglesia “es” Iglesia cuando es enviada, se edifica para la misión, su identidad viene de la misión. La misión precede siempre a la Iglesia: la misión de Dios es lo primero en todo. Con Jesús también. El no “funda” formalmente una Iglesia, ni instituye una nueva religión, ni un templo, ni una ley, ni un culto, sino que organiza una misión y llama sus discípulos a participar en ella: planifica, anima, capacita, determina un objetivo, señala destinatarios, traza líneas de acción, define un método, establece conductas, anima a sus enviados y garantiza el derecho a su sostenimiento (cf. Mt 10,1-16; Lc 9,1-6).

Por eso decimos que la Iglesia no es un fin en sí misma: el único mandato del Señor a su Iglesia es hacer discípulos de todos los pueblos. Ya no somos más iglesias cuando estamos dentro de ella, sino cuando estamos fuera de ella y colaboramos con los demás en la construcción del Reino de Dios, que es siempre una cooperación con un don de Dios. Este Reino no es un nuestro monopolio: San Agustín decía que “muchos de los que son de Dios no son de la Iglesia; y muchos de los que son de la Iglesia no son de Dios”. Por lo tanto, imaginemos lo que podría ser nuestra Iglesia si reconociéramos que la misión es lo primero y no la Iglesia.

Sobre la base de esta observación, podemos considerar seriamente la afirmación de Juan Pablo II: en nuestras comunidades “es necesaria una conversión radical de mentalidad para llegar a ser misioneros” (RMi 49). Es lo que han dicho también los obispos latinoamericanos y caribeños en Aparecida: “necesitamos ser evangelizados de nuevo para convertirnos en misioneros” (cf. DAP 549). De hecho, la Iglesia vive esta misión comenzando una y otra vez con la conversión de sí misma.

El Documento de Aparecida también añade que esta conversión consiste en una salida de sí: “se trata de salir de nuestra conciencia aislada y lanzarnos, con audacia y confianza (parresía), a la misión de toda la Iglesia” (Dap 362). La conversión de la Iglesia exige esa salida y ese éxodo: una salida de las estructuras caducas, una salida de las personas acomodadas, una salida de las relaciones excesivamente clericalizadas, una salida de las prácticas pastorales de mantenimiento para prácticas pastorales misioneras y una salida de nuestras fronteras.

Preguntas para la reflexión

Imagínense lo que podría ser nuestra Iglesia si los cristianos se toman todo esto en serio: ¿qué significa que la Iglesia no es un fin para sí misma?

Ya no somos Iglesia cuando estamos dentro de la Iglesia, sino cuando estamos fuera de ella: en el principio era y es la misión. ¿Qué significa esto para nosotros hoy?

Aparecida habla de abandonar las estructuras caducas que ya no favorecen la transmisión de la fe: ¿cuáles son esas estructuras?

2. Evangelizadores con Espíritu hasta los confines de la tierra

La expresión “evangelizadores con Espíritu” fue tomada del capítulo 6 de la *Evangelii Gaudium*, donde se habla de espiritualidad misionera y mucho más de la acción del Espíritu que precede e impulsa la acción de la Iglesia:

“Evangelizadores con espíritu significa evangelizadores que se abren sin miedo a la acción del Espíritu” (EG 259).

“Cuando hablamos de una realidad que tiene ‘espíritu’, solemos indicar un movimiento interior que impulsa, motiva, anima y da sentido a la acción personal y comunitaria” (EG 261).

De hecho, es el Espíritu quien impulsa a la Iglesia a salir: sin el Espíritu no hay misión. Los discípulos, en los Hechos de los Apóstoles, parecen incapaces de ver la misión más allá de sus fronteras, porque piensan al principio que los paganos, los samaritanos, los pecadores, no son dignos de las promesas de Dios hechas a su pueblo.

Pero, el Espíritu “empuja” al pequeño grupo de discípulos a salir de sí mismos y a tomar conciencia lentamente, y también dolorosamente, que el Reino de Dios es para todos. Lucas retrata bien y magistralmente esta historia en su segundo libro. Así nació la Iglesia: como dijo el Papa Francisco, “la Iglesia nació en salida”.

Sin embargo, la Iglesia nace como algo distinto de cualquier movimiento judío sólo cuando acoge los otros no judíos en sus filas, sin obligarlos a convertirse en judíos. El Espíritu sopla donde quiere (cf. Jn 3,8), abre caminos, derriba muros, transgrede preceptos, cruza fronteras y la misión *ad gentes* es la verdadera madre de la Iglesia, la que la engendra como algo inédito y distinto de cara al mundo judío.

La palabra “misión” significa enviar, salir, ir. Y aquí comienza una gran aventura, que verá a una comunidad vacilante y tímida ser enviada y poco a poco a salir de su nicho nacionalista, cruzar sus fronteras identitarias, para encontrarse con otros pueblos, otros contextos, otras culturas. Será una salida difícil: dejar el propio mundo nunca ha sido fácil para nadie y no es tan espontáneo como podríamos pensar. Los confines serán un desafío constante, exigente, fascinante y tremendo para los discípulos de Jesús. No serán sólo una meta para alcanzar, sino que representarán caminos intrépidos que conducirán a un cambio radical de mentalidad y a una comprensión más profunda del mensaje evangélico, que poco habían entendido.

Las motivaciones interiores de los mismos evangelizadores son fruto de la acción del Espíritu, junto con la respuesta y la entrega de las personas a la iniciativa divina. La dedicación de la propia vida a la misión requiere fuertes motivaciones.

El siglo XIX fue llamado el siglo de la misión heroica, porque muchos misioneros y misioneras partieron hacia el continente africano y sabían que iban a morir, por causa de las enfermedades, de las fadigas, del clima y de los enfrentamientos con las poblaciones locales. De hecho, la costa occidental de África se llamaba la Tumba del Hombre Blanco. El promedio de vida de un misionero en África era de 6 meses a dos años: ¡no más de dos años! ¿Cuáles fueron las fuertes motivaciones que estos hombres y mujeres tenían para entregar sus jóvenes vidas de esta manera? La gran motivación era salvar a las almas del fuego del infierno. Hoy ya no tenemos esa motivación: el Concilio Vaticano II nos relevó de esta tarea. Pero entonces la pregunta permanece: ¿cuáles son las motivaciones que nos impulsan hoy a una ardiente y audaz acción evangelizadora?

En realidad, como dice Papa Francisco “la misión es siempre pasión por Jesús y al mismo tiempo pasión por su pueblo” (EG 268) ... y por todos los pueblos añadimos nosotros: “no es posible ser sanamente local sin una sincera y amable apertura a lo universal” (FT 146). Por todos los pueblos: particularmente por los más necesitados de nuestra cercanía, de nuestra solidaridad y del Evangelio de Jesús.

Hoy, como decía Karl Rahner, “estamos viviendo una nueva cesura análoga a la que se vio en la transición del cristianismo judío al cristianismo de los gentiles”, o sea, que somos llamados a salir de nuestra “iglesita” para dilatar la Iglesia a las dimensiones del Reino de Dios: “queremos ser una Iglesia que sirve, que sale de casa, que sale de sus templos, que sale de sus sacristías, para acompañar la vida, sostener la esperanza, ser signo de unidad para tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación” (FT 276).

Preguntas para la reflexión

“El impulso misionero ha sido siempre un signo de vitalidad, así como su declive es un signo de crisis de fe” (RMi 2): ¿La falta de espíritu misionero en nuestras comunidades y la falta de colaboración de la Iglesia en América Latina y el Caribe con la misión universal de la Iglesia no apuntan a una crisis de fe?

¿Cuáles son nuestras motivaciones profundas para la misión?

¿Qué caminos nos invita el Espíritu a recorrer en este tiempo y qué fronteras nos invita a recorrer para testimoniar y anunciar el Evangelio hoy?

3. El Reino de Dios como horizonte de la misión

El Documento de Aparecida habla del Reino de Dios como el Reino de la Vida:

“El plan de Jesús es establecer el Reino de su Padre. Es el Reino de la vida. Porque la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión es el ofrecimiento de una vida plena para todos. Por eso, la doctrina, las normas, las orientaciones éticas y toda la actividad misionera de las Iglesias deben revelar esta atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo, para cada hombre y mujer de América Latina y el Caribe” (DAp 361).

¿Qué es el Reino de Dios? El Papa Pablo VI ha ofrecido una de las respuestas más bonitas: es “un mundo nuevo, un nuevo estado de cosas, un nuevo modo de ser, de vivir, de estar junto a los demás, que el Evangelio inaugura” (EN 23).

A su vez, Juan Pablo II agregó una puntualización necesaria: “El Reino de Dios no es un concepto, una doctrina, un programa, sino que es, sobre todo, *una Persona* que lleva el nombre y el rostro de Jesús de Nazaret” (RMi 18). De hecho, el Reino de Dios significa Dios que reina en los corazones de las personas, en las relaciones entre las personas, en las instituciones, en las sociedades, entre las naciones. Jesús no es una entidad abstracta, suprasensible, espiritual, sino que es una persona de carne y hueso, que se revela allí donde su palabra se hace carne y huesos, es decir, en las personas y comunidades que se adhieren a Él y cooperan con su misión de hacer un mundo mucho más humano.

La Iglesia hoy es llamada a dar testimonio de la encarnación del Hijo de Dios en su vida y en su acción, y que esa encarnación transforma el mundo desde dentro: “creemos en el Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y se desarrolla aquí y allá de diversas maneras: como una pequeña semilla que puede convertirse en un gran árbol” (EG 278).

Y no es solo eso. Hacer la vida más humana, cambiar el mundo desde dentro, significa hacer la vida más divina. Es por eso que el Documento de Aparecida dice:

“Jesucristo es la plenitud que eleva la condición humana a la condición divina. La vida nueva de Jesucristo toca a todo el ser humano y desarrolla plenamente la existencia humana en sus dimensiones personal, familiar, social y cultural” (DAp 356).

La vida en Cristo no es otra vida, es la nuestra misma vida concreta y cotidiana, porque hay una vida sola que derriba la muerte:

La vida en Cristo incluye la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y de aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, y todas las cosas que el Padre nos regala como signos de su amor sincero (DAp 356).

Es claro que “el Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con situaciones inhumanas. Si pretendemos cerrar los ojos ante estas realidades no somos defensores de la vida del Reino y nos situamos en el camino de la muerte” (DAp 358). Por lo tanto “no podemos concebir una oferta de vida en Cristo sin un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social”.

Ciertamente, la vida es algo que se disfruta, pero, no es algo que se gana: ¡se gana perdiéndola! (Mt 16,25). Y aquí está el secreto de la vida plena. Este hermoso extracto del Documento de Aparecida dice:

La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. El Evangelio nos ayuda a descubrir que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma vida. Se vive mucho mejor cuando tenemos libertad interior para darlo todo: “Quien aprecie su vida terrena, la perderá” (Jn 12,25). Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión (DAp 360).

¡La misión es vida plena, es vida eterna porque es vida donada! Este es un llamado para todas las personas y todas las naciones.

Otra implicación de todo el camino misionero que estamos proponiendo entorno del tema de la vida, es que los interlocutores preferenciales del testimonio y del anuncio del Reino de la Vida son los pobres:

No debe haber dudas ni explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es un signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin rodeos que existe un vínculo indisoluble entre nuestra fe y los pobres (EG 48).

La contribución del camino eclesial latinoamericano y caribeño, al señalar la exigencia de pobreza de la Iglesia como modo de ser fundamental en la evangelización (AG 5), indica también que el pobre no es el “pobrecito”, sino que tiene un valor inestimable a los ojos de Dios: “La pobreza de la Iglesia y de sus miembros debe ser un signo y un compromiso: un signo del valor inestimable de los pobres a los ojos de Dios; compromiso de solidaridad con los que sufren” (DM XIV,7). Por eso que “la Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres” (RMi 60), como dijo Juan Pablo II: esta dimensión es algo constitutivo de la Iglesia, sin la cual la Iglesia deja de ser Iglesia.

Preguntas para la reflexión

¿Qué significa para nosotros hoy anunciar al mundo entero que “el reino de Dios se ha acercado” (Mt 10,7)?

¿Por qué nuestras Iglesias están llamadas a hacer una “opción preferencial por los pobres”? ¿No excluiría a los no pobres? ¿Qué tiene que ver esta opción con la misión de anunciar el Evangelio a todos?

¿Cómo podemos abrirnos y vivir la cercanía con los pobres, aprender ellos, despertar su conciencia, valorar sus esfuerzos organizativos y su cultura?

4. Testigos de Cristo en un contexto de diferencias

Con motivo de la Navidad de 2019, el Papa Francisco ha dirigido estas palabras al personal de la Curia Romana:

Hoy, en las grandes ciudades, necesitamos otros ‘mapas’, otros paradigmas, que nos ayuden a resituar nuestros modos de pensar y nuestras actitudes: ¡ya no estamos en la cristiandad! Por eso necesitamos un cambio de mentalidad pastoral, que no signifique pasar a una pastoral relativista. Ya no estamos en un régimen de la cristiandad, porque la fe ya no es una presuposición obvia de la vida ordinaria; de hecho, a menudo es negada, menospreciada, marginada y ridiculizada. (FRANCISCO).

A su vez, los obispos brasileños escribieran en uno de sus documentos programáticos:

Mientras que, en otros períodos de la historia, los discípulos misioneros han tenido que dar razones de su esperanza como consecuencia de criterios firmemente aplicados, en nuestros días son los mismos criterios los que han sido sacudidos. Para muchas personas, la incertidumbre sobre cómo juzgar la realidad e interactuar con ella es muy grande. Por eso estamos en un cambio de época, porque ya no afecta sólo a tal o cual aspecto concreto de la existencia. Los cambios de época afectan a los criterios mismos de comprensión de la vida, a todo lo que le concierne, incluido el modo mismo de entender a Dios (DGAE 2011-2015).

Vivimos en ese tiempo que es llamado “cambio de época”. El “cambio de época” no es el resultado de un proceso de evolución, lenta o rápida, sino que es un tiempo de revisión total de paradigma. Significa que este es un momento en el que lo que valía ya no vale más, y lo que vale ahora no reemplaza al anterior en todas sus dimensiones. Estamos en un limbo del tiempo, en un paréntesis del tiempo: momentos como este requieren, además de una adaptabilidad extrema, la necesidad de centrarse en las tendencias, que llamamos signos de los tiempos, sin perder la esencia.

De un lado, el mundo globalizado de hoy parece haber perdido de vista su horizonte, reduciendo sus expectativas, encogiendo sus sueños y esperanzas: “la historia”, dice el Papa Francisco, “muestra signos de regresión” (FT 11) frente a la crisis climática global (LS 5), el creciente paradigma tecnocrático (LS 20), el dominio antropocéntrico (LS 115), la decadencia ética, cultural y espiritual de la modernidad (LS 119), la sensación de incertidumbre y miedo por el

futuro (FT 29), el aumento del individualismo (FT 105), el debilitamiento del sentido de pertenencia (FT 30) con el consiguiente aumento de la agresividad, el odio, la violencia, las guerras y las divisiones (FT 44).

Por otro lado, para los discípulos misioneros, “nada de lo humano puede parecerles extraño” (Dap 380), ni en el campo del progreso científico y tecnológico, ni en el cambio de costumbres en la sociedad, ni en el campo del arte, la comunicación y las expresiones culturales, ni en la esfera religiosa y espiritual, ni en la esfera política y económica, ni en el surgimiento de nuevas identidades que reclamen reconocimiento y ciudadanía. Francisco invita continuamente a la Iglesia a superar la tentación de encerrarse, de encogerse y a afrontar de forma reactiva los complejos problemas que surgen en el mundo de hoy. Al contrario, es necesario salir, crear hábitos proactivos (cf. FRANCISCO, 2013), discernir ciertamente, pero caminando en la esperanza y “abrirse a los grandes ideales que hacen la vida más bella y digna” (FT 55).

Los horizontes universales de las culturas, de las sociedades, de los saberes y de los diversos ámbitos de la vida son una invitación continua a abrirse a todo y a todos, a lo nuevo, a lo inesperado, a lo desconocido, a lo subversivo, recordando el adagio de san Ireneo: “Lo que no se asume no se redime” (cf. DP 400). Esto implica tener un “corazón sin fronteras, capaz de superar las distancias de origen, nacionalidad, color o religión” (FT 3), capaz de liberarse de “todo deseo de dominación sobre los demás” (FT 4) y capaz de soñar con un mundo “como una sola humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, pero todos hermanos” (FT 8).

Frente a tantas realidades que apuntan a un proceso de revisión total de los paradigmas, las Iglesias cristianas deben discernir. Nunca pueden abdicar de su misión sin negarse a sí mismas. Steve Bevans decía que la teología y la práctica de la misión cristiana están gestando un cambio radical en la comprensión y en la motivación, y que este cambio consiste en el paso de una concepción de la misión como “expansión” de la Iglesia, a la concepción de “encuentro” con los otros: en lugar de ver a las personas como objetos a catequizar, la teología y la práctica misionera contemporáneas se esfuerzan hoy por reconocerlas como sujetos, como auténticos “otros” (BEVANS, SCHROEDER, 2016, p. 41).

Por eso es necesario el testimonio y el don del diálogo, de la profecía y de la santidad: no para hacer proselitismo, sino para evangelizar por atracción, promover una cultura de cercanía y encuentro, aprender con humildad, compartir la vida cotidiana con las personas más sencillas, reconociendo la alteridad, alimentando siempre la esperanza.

En un mundo marcado por la hegemonía tecnocrática, la finalidad primera y subversiva de la misión cristiana es recuperar el sentido del Misterio en comunión con la sabiduría milenaria de los pueblos. Si en el pasado la actividad misionera estaba dirigida a “salvar las almas”, hoy podríamos decir que está enfocada a “salvar a Dios”, y así anunciar la posibilidad de un mundo más humano.

Preguntas para la reflexión

¿Cuáles son los desafíos más importantes y urgentes que tenemos que enfrentar en nuestra misión diaria?

¿Qué actitudes fundamentales debemos adoptar para anunciar el Evangelio en el mundo de hoy?

¿Cómo animar a nuestras comunidades a asumir su vocación misionera de testimoniar y anunciar el Evangelio en el mundo?

5. Discípulos misioneros: iniciados y enviados

El Documento de Aparecida nos recuerda que:

Al llamar a los suyos a seguirlo, Jesús les da una misión muy precisa: anunciar el Evangelio del Reino a todas las naciones (cf. Mateo 28:19; Lc 24,46-48). Por eso, todo discípulo es misionero, porque Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo une a él como amigo y hermano (DAp 144).

La importancia de rescatar este tema del discipulado misionero está en el hecho que este es uno de los ejes más relevantes de todo el Evangelio, fundamental del ser de la Iglesia y de la identidad de cada bautizado. Cada bautizado es un iniciado y un enviado. En efecto el discipulado y la misión son “dos caras de la misma moneda” (cf. DAp 146) porque:

- el discipulado ocurre en la misión: Jesús llama sus discípulos en el camino y ellos lo siguen en los caminos de la Galilea mientras Jesús ensañaba y curaba (Mt 4,23); la misión es la escuela de los discípulos: no hay seminario y no hay noviciado; el encuentro formativo ocurre pautado por la misión (Mt 13,10ss).
- los discípulos son llamados únicamente a la misión: Jesús reúne discípulos para envíalos; el propósito de Jesús es la misión; también el “estar con Él” (Mc 3,14) es un estar en misión, así como dijo Papa Francisco: “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera” (EG 23).
- La misión presupone el discipulado como testimonio fundamental: somos llamados a la misión como aprendices, como aquellos que tiene siempre que aprender, escuchar, servir humildemente; ser discípulo-misionero es vivir la belleza de ser un eterno aprendiz.
- El discipulado es la meta, el contenido, el centro de la misión misma, porque el Resucitado nos envía a “hacer discípulos” (Mt 28,19), que no es un programa proselitista, sino que es invitar a las personas de vivir a la manera de Dios, o sea, vivir las bienaventuranzas.

Pero, se somos enviados a hacer discípulos tenemos antes que entender bien lo que significa ser discípulo: ¿cuál es el programa de seguimiento de Jesús?

En el Discurso de la Montaña (Mt 5-7), Jesús ilustra su propuesta de discipulado. Es un aprendizaje hecho a partir de cinco escalones en la montaña de las Bienaventuranzas: *“Han oído lo que se dijo a los padres... pero yo os digo:*

- Vivir una **fraternidad** radical con todos, en la medida en que todos somos hijos e hijas del mismo Padre (Mt 5,21-26). La palabra hermano/hermana es una palabra mágica en el Evangelio, que sintetiza todo el mensaje de Jesús, en cuanto anuncia que somos hijos e hijas del mismo Padre: es una visión de mundo muy peculiar.
- Desarrollar una capacidad de **humanidad** que garantice el respeto por los demás, el control de los impulsos, el celo por la dignidad de los demás (Mt 5,27-32): pecado no es mirar a una mujer, sino mirar a una mujer con una mirada de asedio (“se tu ojo está enfermo todo tu cuerpo estará en tinieblas”).
- Comprométete con la **verdad** y nada más, con una comunicación abierta, honesta y sincera, sin disimulos ni intrigas, para construir relaciones de confianza, porque si hay necesidad de “jurar”, esto indica que hay desconfianza (Mt 5,33-37).
- Pasar de relaciones de reciprocidad (“ojo por ojo, diente por diente”) a relaciones de **gratuidad**, no violentas, no vengativas, no interesadas (Mt 5,38-42). Este es uno de los requisitos más característicos del discipulado misionero.

- “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”: pero yo te digo: “amad a vuestros enemigos”: vivir la **universalidad** en el amor sin odios, sin prejuicios y sin límites, lleva al discípulo a ser como el Padre (Mt 5,43-48).

La vivencia de estos cinco preceptos fundamentales – fraternidad, humanidad, verdad, gratuidad, universalidad – configura al discípulo de Jesús, además de proyectar el camino de la vida plena para todos los pueblos: el mandamiento de “*hacer discípulos a todas las naciones*” es, de hecho, una invitación a cada persona a emprender la ascensión de la montaña de las Bienaventuranzas junto con la Iglesia.

Es un camino en el Espíritu que modela, eleva y abre relaciones basadas en la misericordia, la ternura y el perdón; es una ascesis que hace profunda y plenamente humana la vida, la esencia del Reino de Dios; es también un umbral en el que está en juego la salvación o la condena del mundo, la plenitud o el fracaso de la existencia de los individuos y de las sociedades (Mt 25,31-46).

Preguntas para la reflexión

¿Qué implica el encuentro con Jesucristo vivo en tu vida y en la vida de cada persona? ¿Cómo se lleva a cabo este encuentro?

Ser discípulos es ser un aprendiz. La misión es una gran experiencia de aprendizaje: ¿qué significa esta dimensión para su vida y para la vida de toda la Iglesia?

Si la misión no es proselitismo, entonces ¿qué es? ¿Por qué “hacer discípulos” del mandato misionero no es un programa proselitista? ¿Qué implicaciones tiene esta pregunta para la misión de la Iglesia?

6. De América hacia el mundo y del mundo hacia América

El Documento de Aparecida actualizó lo que ya había dicho la Conferencia de Puebla hace más de 40 años:

“El mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los continentes. Para no caer en la trampa de encerrarnos en nosotros mismos, debemos formarnos como discípulos misioneros sin fronteras, dispuestos a ir a la otra orilla” (DAP 375)

La misión *ad gentes* es el eje principal del CAM6: se trata de la misión fuera de nuestro ambiente, comunidad y cultura de origen, particularmente entre los pueblos que no son culturalmente cristianos, entre los cuales la Iglesia tiene una presencia casi insignificante.

Hoy esta misión *ad gentes* se realiza a través de la cooperación intereclesial, mientras que todas las Iglesias están llamadas a participar, porque la evangelización “hasta los confines de la tierra” es el compromiso de cada una de ellas. Por lo tanto, decía Juan Pablo II, “es necesario evitar que esta tarea específicamente misionera se convierta en una realidad diluida en la misión global, descuidada u olvidada” (RMi 34).

Es verdad que la misión global de la Iglesia hoy se expresa en un marco complejo de situaciones: indica una *dinámica* en la que toda la actividad de las Iglesias se sitúa en clave misionera; luego se despliega en *proyectos* que dependen de contextos y circunstancias específicas.

Mirando al mundo de hoy, podemos distinguir tres ámbitos de misión:

- la **pastoral**, en el contexto culturalmente cristiano, con los cristianos militantes;

- la **nueva evangelización** en el contexto secular de la sociedad secularizada;
- la **misión ad gentes**, en el ámbito religioso, social y cultural de otro pueblo (no cristiano).

A cada uno de estos ámbitos podemos asociar tres imágenes evangélicas que indican contextos, tareas y dinámica propias:

- El **Pastor**, en el *corral* de la comunidad en una misión de acompañamiento;
- El **Sembrador**, en el *campo* de la sociedad donde se siembra la Palabra;
- El **Pescador**, en el *mar* del mundo echando las redes en el medio de los “otros”.

Sin embargo, estas tres tareas están entre ellas interconectada

- Sin una adecuada animación pastoral tendremos una **misión colonizadora**.
- Sin una acción evangelizadora significativa, tendremos una **misión alienada**.
- Sin una generosa cooperación misionera tendremos una **misión cerrada**.

La misión es global, y en el plan de pastoral de las iglesias locales no puede faltar o posponer cada una de estas dimensiones, sin graves consecuencias para la misión de la Iglesia como un todo. El Vaticano II decía que “la gracia de la renovación no alcanzará a las comunidades si no extienden su amor hasta los confines de la tierra y se preocupan por los que están lejos como si fueran sus propios miembros” (AG 37).

Pero, como dijo Juan Pablo II “sin la misión *ad gentes*, la dimensión misionera de la misma Iglesia se vería privada de su sentido fundamental y de su ejemplo de acción” (RMi 34). Este primado referencial debe ser buscado en el anhelo hacia donde esta misión se dirige: no es sólo el *redil* de Israel (pastoral), ni el *campo* del contexto en que se vive (acción evangelizadora), sino el inmenso *mar* del mundo hasta los confines de la tierra.

Hoy nuestra tradición eclesial latinoamericana y caribeña nos ofrece elementos muy ricos que nos ayudan a afrontar una misión hasta los confines de la tierra en términos proféticos de inserción, anuncio, testimonio, opción por los pobres, liberación, inculturación, diálogo, participación y servicio al Reino de la Vida. El “cómo” vamos a los extremos, a las fronteras, a las periferias, concierne a la calidad evangélica de nuestra misión, a su coherencia en términos de capacidades y competencias, y a las motivaciones más profundas de nuestra fe.

Hay cuatro aspectos que debemos tener presente para una misión *ad gentes* no colonial:

- *Ad gentes*: en primer lugar, hay que salir al encuentro, tomar la iniciativa; no podemos esperar que la gente venga a nosotros, necesitamos ir a su encuentro y anunciarles la Buena Nueva allí donde se encuentran.
- *Inter gentes*: el anuncio del Evangelio se hace *en reciprocidad* con nuestros interlocutores, porque la gracia de Dios actúa también en ellos. No sabemos todo sobre el misterio de Dios, y el mensaje de Jesús es siempre algo que está más allá de nuestra comprensión.
- *Cum gentibus*: la misión tiene sus territorios, su geografía, y se desarrolla concretamente en las fronteras y en las periferias de la tierra e de lo humano; los enviados y enviadas por Jesús están llamados penitencialmente a descalzarse y desaparecer, viviendo y aprendiendo a acercarse a condiciones de olvido, injusticia e inhumanidad
- *Omnes gentes et omnes creaturae*: a todos los pueblos y a todas las criaturas. Una misión hasta los confines de la tierra no puede ser promovida adecuadamente sin una conexión con una mística universal, que suscite la compasión por la humanidad en su conjunto, por todos los pueblos y todos los seres vivos. Esta mística universal no es una abstracción. El fundamento es simplemente lo humano y lo cósmico: “*darse cuenta de cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en toda circunstancia*”

(FT 106), y alimentar “*la conciencia de que cada criatura refleja algo de Dios y tiene un mensaje que transmitirnos*” (LS 221).

Preguntas para la reflexión

¿Cómo es la conciencia misionera en su comunidad? ¿Está contemplada la dimensión universal de la misión en sus planes y actividades pastorales?

¿Por qué las Iglesias de América Latina y el Caribe participan tan poco en la misión universal de la Iglesia? ¿Cómo puede la celebración del Congreso Misionero Americano favorecer esta cooperación misionera intereclesial?

“Somos Iglesias pobres, pero debemos dar desde nuestra pobreza y desde la alegría de nuestra fe” (Dap 379): ante la tentación de nuestras Iglesias de encerrarse en sí mismas, ¿cómo podemos actuar para que se abran generosamente a la misión más allá de las fronteras?

Conclusión

Nuestra América necesita de misioneros de otros continentes, no sólo porque la misión *ad gentes* y los confines de la tierra están en medio de nosotros, sino también porque la presencia de otros nos enriquece mucho. Misión es dar y recibir: saber dar y saber recibir. Nuestra América también necesita enviar sus misioneros a otros continentes, porque hay Iglesias mucho más necesitadas que la nuestra y pueblos que merecen toda nuestra atención, nuestro afecto y nuestra solidaridad.

Esta circularidad permite que cada iglesia local no se encierre en sí misma, sino que colabore en la realización de una comunión y sinodalidad universal efectiva, aprendiendo a trabajar juntas, dándose a sí mismas y recibiendo de las demás:

Frente a la tentación de las comunidades de encerrarse en sí mismas – es una tentación muy frecuente, demasiado frecuente de encerrarse en sí mismas –, preocupadas por sus propios problemas, la tarea de las organizaciones misioneras es exhortar a la misión *ad gentes*, testimoniar proféticamente que la vida de la Iglesia y de las Iglesias es misión, y es misión universal. (FRANCISCO, Discurso del Santo Padre a los participantes en la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias. Roma, 17 de mayo de 2013).

Por lo tanto, queridos hermanos e hermanas, pedimos a Dios que envíe su Espíritu sobre este congreso misionero, para que se transforme en un nuevo, grande e sorprendente pentecostés por todas nuestras Iglesias de América y nos transforme en discípulas misioneras y discípulos misioneros generosos, audaces, creativos y sobre todo servidores y servidoras. Eso es que el nuestro mundo más necesita.

¡América, con la fuerza del Espíritu, testigos de Cristo hasta los confines de la tierra!

¡Muy buen congreso a todos e a todas!

¡Hasta el CAM6!

SIGLAS E ABREVIATURAS

AG Ad Gentes
Dap Documento de Aparecida
DM Documento de Medellín
DP Documento de Puebla

EG Evangelii Gaudium
EN Evangelii Nuntiandi
GS Gaudium et spes
FT Fratelli Tutti
LS Laudato Si'
RMi Redemptoris Missio

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BEVANS, Stephen B.; SCHOEDER, Roger P. **Diálogo Profético**. Reflexão sobre a Missão cristã hoje. São Paulo: Paulinas, 2016.

FRANCISCO. **Discurso do Santo Padre aos Bispos responsáveis do Conselho Episcopal Latino-Americano (CELAM) por ocasião da Reunião Geral de Coordenação**. Rio de Janeiro, 28 de julho de 2013. Disponível em:
<https://www.vatican.va/content/francesco/pt/speeches/2013/july/documents/papa-francesco_20130728_gmg-celam-rio.html>. Acesso: 06 abr. 2024.

MOLTMANN, Jürgen. **A Igreja no poder do Espírito**. Uma contribuição à eclesiologia messiânica. Tradução de Monika Ottermann. Santo André: Academia Cristã, 2013. 463 p.

RASCHIETTI, Estêvão. **A missão em questão**. A emergência de um paradigma missionário em perspectiva decolonial. Petrópolis: Vozes. 2022. 624 p.